



Lucio V. Mansilla

El vaso de leche

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

El vaso de leche

Al excelentísimo señor doctor don Wenceslao Pacheco

Que pensez vous du mariage?

VIVE LA LIBERTÉ!

L.B.

X era mujer, joven, donosa, inteligente, bien nacida, perfectamente educada y cordobesa de Córdoba, no una cordobesa falsificada.

Yo he conocido una señora tucumana que decía con énfasis, para que ustedes vean que la redundancia tiene su razón de ser: “¿Y por qué he de negar yo mi tierra? Yo soy tucumana del Tucumán”.

Agreguen ustedes a esto que, en otro tiempo, se decía: Córdoba del Tucumán, porque Tucumán era la provincia y Córdoba la sede, y que ahora no es así. Por ende, un motivo más para evitar toda anfibología. Es decir, un motivo más para dejar bien claro que X no era de la Córdoba de antes, sino de la Córdoba de ahora.

¡Qué diablos de lengua española tan rica y tan deficiente – como todas las lenguas – al mismo tiempo! ¿Y dónde me dejan ustedes mi manía: la *precisión*, el que todos me entiendan? Pues no es a la Córdoba de ahora, precisamente, a la que me refiero, sino a la Córdoba de hace unos veinte años, poco más o menos.

Por supuesto que esto lo digo con toda intención y ésta consiste en que no quiero que ustedes tilden de ponderativo el comienzo.

Sí, señor. Ya entonces, y mucho antes, había en el interior gente fina, bien nacida y pobre, con muchas casas, con muchas tierras, con muchas ínfulas y sin tener tras de qué caerse muerta.

Lo repito: X era una joven de mérito, capaz de tentar o de despertar el amor puro de un hombre de buenas costumbres, hijo del país o extranjero, que no fuera muy ambicioso, que no aspirara a una gran dote.

X encontró ese hombre y ese hombre resolvió unir su suerte a la de ella.

Lo llamaremos Z y así tendremos esta perfecta ecuación: $X = Z$. ¿O la mujer y el marido no forman una conjunta persona?

X era, como casi todas las cordobesas casadas, *celosa*; y Z, siendo artista, era como son generalmente los artistas, un tipo.

Mi secretario dice que “hay de todo”.

Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que este artista Z no era disipado. Pueden ustedes leer que era hombre de buenas costumbres; y si le agregan que era algo distraído y un poco excéntrico, tendrán lo más opuesto, en un sentido, de su mujer – que era una alhaja.

Sí. Z era hombre de buenas costumbres, no tanto porque tuviera método, sino porque pertenecía a la categoría de aquéllos que adquieren por razón de temperamento hasta el hábito de estornudar a hora fija...

Cuando se casó tenía la monomanía del club, en el que hacía puntualmente, como si fuera un acto obligado, todas las noches a hora fija, su partida de malilla, con piernas fijadas también; y por nada de este mundo con otras, lo que hasta cierto punto puede darles a ustedes la medida de su fidelidad.

Yo no he jugado nunca a la malilla con piernas fijadas; me aburriría. Necesito caras nuevas en el juego, cambiar de piernas; pero comprendo toda pasión exclusiva por unas mismas piernas.

Como ustedes ven, era ésta una malilla que llamaremos de ordenanza y en la que, como siempre sucede, los cargos, las disputas y las rabietas estaban en razón directa de la bicoca que se perdía.

Las piernas se reunían a las ocho. Minutos antes, los que llegaban tenían los ojos fijados en el reloj, y si alguno tardaba dos o tres minutos, todos eran refunfuños por su falta de puntualidad. Y a eso de las diez, los ojos volvían a fijarse en el reloj para concluir a las diez y media en punto y estar todo el mundo en su casa antes de las once...con sus propias piernas...nada de carruaje.

Z, por una razón cualquiera, se distrajo una noche y llegó a su tranquilo hogar poco después de las once. Siempre lo imprevisible...en vez de la cara plácida de X, que no dejaba de esperarlo y recibirlo con cariño, se encontró con una de esas caras que sólo saben poner las mujeres de noche, en ciertas coyunturas. Hablaron entre dientes lo que ustedes quieran, y como era hora de acostarse, Z, haciendo lo de costumbre, se acostó primero en una cama camera, que es la gran cama del fastidio permanente o de la reconciliación efímera. Y una vez acostado, y siendo su costumbre tomar un vaso de leche cruda que le servía la misma, la mismísima X en persona, dijo así:

-Doña X (la trataba de *doña* a su mujer), déme mi leche.

X estalló en quejas por haber entrado a deshoras y no le dio a Z su vaso de leche...y se dejó estar, retobada donde estaba, tendida en un sofá, y...no hubo leche.

Al día siguiente, al empezar la malilla, Z les dijo a las piernas consabidas, contándoles lo que la noche antes le había pasado:

-Caballeros, les prevengo a ustedes que a las diez y cuarto, gane o pierda, me levanto; porque no quiero historias con mi mujer y, sobre todo, porque no quiero quedarme sin mi vaso de leche...que tanto bien me hace...

-Pero amigo, no sea usted infeliz – le dijo uno de los tertulianos, casado con una mujer muy buena, pero que era un turco con polleras. Vaya usted esta noche un poco más tarde, y ya verá cómo le dan su leche.

Z lo hizo así, llegando a su casa a las once y media; pero, contra toda su expectativa, en vez de leche lo que hubo fueron desahogos más agrios que los de la noche anterior.

Mañana será otro día, pensó, y se durmió sin su leche...

Y, una vez en el club, le dijo a su consejero:

-En buena me ha metido usted.

-¿Y qué ha pasado?

-Amigo, que ha sido peor que antes de anoche.

-¡Magnífico! Vaya usted hoy después de las doce.

Z, que creía mucho en la experiencia de su consejero, entró después de las doce en su casa.

X era una *magdalena* furiosa...

¡Y qué leche había de haber esa noche!

Aquello comenzaba a ser insostenible porque a Z le gustaba extraordinariamente la leche, y su dignidad personal y la tranquilidad de su conciencia no le permitían levantarse después de acostado e ir él mismo en busca de lo que tanto apetecía, teniendo ahí, a la mano, su propia consorte, que a servirle el consabido vaso de leche lo había acostumbrado...

Entraba en el cuarto día de privaciones, de retobos y sospechas, sin murmurar, y contándole sus cuitas al amigo del consejo, habló así:

-Lo peor es que X no se acuesta ni de noche ni de día, que no duerme, que no habla, que no come.

-Hablará, comerá y dormirá cuando usted esté ausente.

-¡No, si se está demacrando! ¡Si está pálida, palidísima!

-¡Beberá vinagre!... Vaya usted hoy más tarde y así siga; y, o yo no soy hombre, o su mujer capitulará.

-Pero...¿Y si se enferma realmente?

-¡Qué se ha de enfermar! ¿No dice usted que tiene buen carácter y que lo que hay es que está celosa?

-Sí, eso es lo que a mí me parece...

-Pues, mi amigo, se lo repito: no afloje usted, y antes de ocho días, usted verá cómo X, no digo un vaso, un tarro de leche le tiene preparado...un tambo...

Z, sugestionado por una parte, ya medio acostumbrado a no tomar su vaso de leche, aunque no hubiera pasado el cabo de las Tormentas, entraba en el sexto día, en la sexta noche mejor dicho, y X al parecer estaba desesperada.

Se acostó; hacía cinco días que, desengañado, no pedía su vaso de leche. X, desolada, tirada sobre el sofá, suspiró, exhalando uno de esos suspiros que dicen más que otras cosas: ¡infiel!

Z, entonces, que al fin un hombre no se deshonorra por pedirle a su mujer propia un vaso de leche, después de cinco días de abstinencia y de mutismo habló así:

-Doña X, déme, pues, mi vaso de leche.

Lo cual, oído por la desolada esposa, hizo que se levantara con ímpetu (cualquiera hubiera dicho que iba a tomar un puñal y a clavárselo en el pecho), que fuera a la pieza contigua, que volviera con un plato y un vaso en una mano y una jarra de leche en la otra y que, acercándose a la cama de su marido, le dijera:

-¡Tome su leche!

-¿Y cuántos días hace que no tomaba mi leche, doña X?

-Hace seis días – contestó ella, con muy mal humor todavía...

-Pues, entonces, me dará seis vasos esta noche, ¿eh?

Y ella, con impaciencia, repuso:

-¡Jesús! ¡Y qué hombre tan frío había sido usted!

-Doña X – arguyó él -, vea, acuéstese, porque soy...mucho más frío de lo que usted se imagina.

A pesar de todo tuvieron varios hijos, y las consecuencias de aquellas escenas fueron que Z dio en entrar en su casa a la hora que se le antojaba.

Con los hombres, no hay precaución que baste...y a las mujeres es muy difícil entenderlas.

Pero lo que yo sé es que cuando las mujeres – casadas por la iglesia, bien entendido – tienen un buen marido, puntual en la hora de entrar y salir del club y en tomar su vaso de

leche, no lo aprecian; y que cuando tienen un marido medio diablo que las engatuzo, lo adoran...

Y, de todo esto, no se deduce que yo le aconseje al que esté de novio lo último, porque la mujer tiene unas armas terribles para defenderse del marido más listo, que día más, día menos, cae en sus propias redes como un chorlito

La mujer tiene el talento de penetrar lo indescifrable, es capaz de ver a oscuras con los ojos cerrados. El hombre es miope al lado suyo; la luz le ofusca. Cuando él va, la mujer viene. Es una desgracia la doble vista. Yo no sería mujer...casada, por nada del mundo...; soltera, discutiríamos.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo